



Lo que (no) sé de las palabras Angélica Tanarro

Palencia, Menoscuarto Ediciones, 2024

ABRIR EL CORAZÓN

ESE SABER/NO SABER al que apunta este título nos habla de lo verdadero, de una tentativa de la interpretación, que ante su imposibilidad, se vuelve hacia uno mismo como en el *dictum* de René Char según el cual las palabras mismas poseen a su vez un saber sobre nosotros, algo que ellas conocen y que nosotros ignoramos de ellas. No obstante, es clave aquí que el sujeto no sea esta primera persona en plural, este colectivo «nosotros», sino singular, un yo que parece asumir el hecho de que, en última instancia, es uno mismo quien dice la palabra. Hay un despliegue de conocimiento y desconocimiento, de significados en distintas direcciones, que constituyen a la vez que frustran esa verdad de la palabra en lo poético. Angélica Tanarro no nos pone ante una poética donde el símbolo se define y agota en su mera interpretación, sino, más bien, ante un decir abierto, que remite al mundo de quien habla. Las palabras no son, por tanto, un simple instrumento, ellas mismas saben, son conciencia sobre quien las pronuncia. De esta forma, podemos escuchar lo que el libro dice: «He rezado por todas las palabras», en vez de «[...] con todas las palabras». Y no olvidemos que «rezar» y «recitar» están emparentados en tanto que señalan la palabra irreductible, que no puede ser dicha de otra forma: «Ha llovido toda la tarde. / En el jardín / he enterrado las cartas de los muertos / y he vuelto a rezar».

Tanarro presenta un poemario bastante desnudo (sin prólogo o epílogo o agradecimientos, tampoco índice), pero sí lleva una dedicatoria (las dedicatorias pueden ocupar un territorio intermedio en la voz del poema, donde está el autor y además asoma ya el sujeto que hablará). En este caso es a la madre, de quien da el nombre completo, no sólo la relación con la autora, y esto nos pone sobre la pista de que aquí hay una vivencia, una experiencia vital o realista, podríamos decir, que, sin embargo, a lo largo de la escritura no se ve concluida, cerrada en su mera transmisión, en un acto comunicativo, sino que se sublima desapareciendo y regresando una y otra vez, un destilado

que va dejando otras sustancias, o, tal vez, van surgiendo otras propiedades de la misma materia. El sentimiento de pérdida es, sobre todo, el vacío de la palabra, la llamada a dar cuenta de ese vacío. Así, la palabra invoca a la palabra, y, en este mismo sentido, podrían verse las ajustadas citas que van apareciendo a lo largo del texto. Voces de Alba Merino, José Ángel Valente, Emily Dickinson, Olvido García Valdés parecen el conjuro de todo el libro.

Hay un tú al que, en ocasiones, se dirige la voz que habla en el poema, es un tú que a veces se distingue claramente como otro, ese ausente y, a veces, parece la continuidad del yo, el recuerdo, que puede ser también ausencia, la memoria de lo que está ligado a ese tú. Los pronombres atraviesan un escenario de silencio, un paisaje con sordina, apenas habitado, que es lo que cabe esperar de esta pérdida de lenguaje. No hay casi nada, ni palabras con las que decir ese casi nada. «Vacío», «ausencia», «dolor» son y no son los nombres de algo desde el momento en que han perdido su capacidad creadora, su poder de acción: «Con tu muerte murieron / las palabras. *Vacío* / ya no llena el vacío / ni *ausencia* / expresa más tu ausencia [...]. Si *aire* contuviese tu aliento / volvería la vida / al diccionario».

Sin embargo, en la poesía, estamos ante una forma distinta de decir la palabra o de afrontar su hueco. No hay otra forma de llegar al poema que no sea con un margen de desconocimiento, de error, de desconcierto, esto lo dice René Char en otra de las citas de esta obra. Y por tanto, tal vez esa ausencia, ese vacío, aún tiene un margen, un cierto poder consolador, una relación con la gracia.

PILAR MARTÍN GILA

